

Mirador

# Atrás de la mirada

Fotografías de Catherine y Albert Camus

**GREGORIO ORTEGA MOLINA**

⊙ Llevo meses con esa manía de anotar los cambios padecidos por el cuerpo: los dolores que nacen y se renuevan o los placeres que languidecen hasta desaparecer. Descubro nuevas diversiones, pasatiempos no carentes de riesgo, por carecer del *aleph* idóneo para recuperar la memoria, para solazarme con la mirada.

El peligro se ensancha en cuanto la pupila se dilata y el ojo admira, retiene y sufre o goza con lo que ve, incluso con aquello que no conoció, pero que añora a pesar de no haberlo visto, palpado, tocado, sentido. Melancolía de lo no conocido, dolor por extrañar el tiempo que no fue el nuestro.

Ante los ojos está Catherine Hélène Sintés viuda de Camus, de pie frente a la ventana y contraventana cerradas. El observador atento percibe que uno de los vidrios está roto. Puede presumirse que la gráfica fue impresa durante la Guerra de Argelia, cuando su hijo Albert significaba algo para algunos políticos franceses, ciertamente mucho para personajes como Charles de Gaulle y André Malraux, por lo que asediara, molestarla, hostigarla hubiese podido ser políticamente útil para quienes buscaban terminar con el colonialismo.

Ve hacia fuera Catherine Hélène Sintés. No es difícil imaginarla cansada, por lo que seguramente calza pantuflas. Hay cascajo encima de la cama y el piso. Sobre su cuello —ella permanece de espaldas, no voltea a verme— se ve un bulto, por lo que deduzco que viste una bata gruesa, o sobre el vestido lleva un abrigo. La madre de Albert Camus tiene frío, los huesos le duelen, y no puede sobreponerse al estupor causado por la violencia a la puerta de su casa, más la vejez y la soledad.

La segunda fotografía nos muestra al escritor, dueño de todas sus facultades físicas e intelectuales, favorecidas por el éxito —el Nobel ya en el bolsillo, a pesar de haber sido desterrado del grupo de Jean Paul Sartre. Hay coquetería en su mirada, la del artesano que sabe seducir con su trabajo. El atuendo es el del burgués, el fondo es el de un librero de algún despacho en editorial Gallimard, lo que puede discernirse por la similitud del encuadernado de los libros que lo llenan. Una perversa ironía atraviesa como el rayo mi mente: es la oficina de su amigo Marcel Gallimard, aquel que conducía el vehículo en el cual murió Camus.

La tercera fotografía es la más dolorosa. En ella Catherine sostiene en las manos la foto enmarcada de Albert, seguramente ya laureado, y con certeza avisada de que *El primer hombre* le estaba dedicado, aunque no pudiese leerlo, pues la madre del Premio Nobel de Literatura 1957 nunca aprendió a hacerlo. Catherine parece hablar con su hijo. Por más que aguzamos el oído no alcanzamos a escuchar lo que ella le dice más allá de los caracteres que en orden lógico y bien dispuestos producen literatura para todos aquellos que necesitamos escuchar otras voces, estar cerca de otras imágenes, distintas de las cotidianas.

Añoranza de Camus, de su madre, de *La caída*, porque allí hay algo que pudiese explicarnos lo que hoy ocurre en el mundo. ~

22

EstePaís cultura



Del libro *Albert Camus*,  
de Pierre-Henri Simon *et al.*  
(Hachette, Paris, 1969).

